

Número 46

REPÚBLICA DE COLOMBIA

Julio 1.º: 1909

REVISTA DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Publicada bajo la dirección de la Consiliatura



Nova et vetera

BOGOTÁ

IMPRENTA ELÉCTRICA—168—CALLE 10

MCMIX

CONTENIDO

Juicios sobre nuestros próceres...	MARCELINO MENENDEZ Y PE-
	LAYO
El Abrazo.....	RICARDO CARRASQUILLA
Paralelo entre Washington y Bo-	
lívar.....	F. RIBAS
Drama en la montaña.....	DIEGO FALLON
Santo Tomás de Aquino en Nue-	
va York.	
El Renacimiento Escolástico en la	
América Española.....	JOSEPH LOUIS PERRIER
La Perla y el Diamante.	
El avaro y el envidioso.....	SANTIAGO PEREZ
El Filósofo y el Búho.....	JOSÉ MARÍA HEREDIA
ACTOS OFICIALES. Renuncia y pro-	
visión de una Beca.	
Aviso.	
Acuerdo número 7.º	
Alumnos graduados Bachilleres	
en 1908.	
Notas Bibliográficas.....	C.
Doña Fortuna y Dón Dinero.....	FERNÁN CABALLERO
Trabajo vence Fortuna.....	ALVAR ESCUDERO
Apuntes sobre Balmes..	LUIS MARÍA MORA
Aristóteles. Sobre la Constitución	
de Atenas.	



REVISTA

DEL COLEGIO MAYOR DE NUESTRA SEÑORA DEL ROSARIO

Bogotá, Julio 1.º de 1909

JUICIOS SOBRE NUESTROS PROCERES

I

MUTIS Y CALDAS

Aunque estéril para la poesía, la segunda mitad del siglo XVIII fue en Bogotá de gran movimiento y transformación intelectual, la cual puede decirse que se determina entre dos fechas memorables: la Expedición botánica de D. JOSÉ CELESTINO MUTIS en 1760, y el viaje de Humboldt y Bonpland en 1801. El gaditano Mutis, de quien dijo Linneo "*nomen immortale quod nulla aetas unquam delebit*," y á quien apellidó Humboldt, "ilustre patriarca de los botánicos del Nuevo Mando," fue el verdadero iniciador de la vida científica en el Ecuador y en Nueva Granada. En 1762 abrió una cátedra de Matemáticas y Astronomía en el COLEGIO DEL ROSARIO, donde expuso el sistema copernicano, inaudito aún en las escuelas de la América del Sur. Mutis formó y educó una generación de físicos, matemáticos y naturalistas, entre los cuales brillan los nombres de D. Francisco Antonio Zea, que andando el tiempo llegó á ser Director del Jardín Botánico de Madrid; de D. José Domingo Duquesne, que escribió una disertación sobre el *Calendario de los Muiscas*; de D. José Manuel Restrepo, autor del *ensayo sobre la geografía, producciones, industria y población de la Provincia de Antioquia*; de D. Francisco Ulloa, que lo fue del *Ensayo sobre el influjo del clima en la educación física y moral del hombre en el Nuevo Reino de Granada*; de D. Jorge Tadeo

Lozano, D. Eloy Valenzuela, D. Joaquín Camacho y otros varios, y del más ilustre que todos ellos, D. FRANCISCO JOSÉ DE CALDAS, víctima nunca bastante deplorada de la ignominiosa ferocidad de un soldado á quien en mala hora confió España la delicada empresa de la pacificación de sus provincias ultramarinas (1).

Caldas, botánico, geodesta, físico, astrónomo, y á quien sin hipérbole puede concederse genio científico de invención, formó un herbario de cinco á seis mil plantas y dio grande impulso á la geografía botánica de la América del Sur, determinando los perfiles de las diversas ramificaciones de los Andes en la extensión de nueve grados de latitud, para dar á conocer la altura en que vegeta cada planta, el clima que necesita para vivir y el que mejor conviene á su desarrollo; inventó un método para medir alturas mediante la proporción entre el calor del agua hirviendo y la presión atmosférica; estrenó en 1805 el Observatorio Astronómico de Bogotá, fundado por Mutis, y lo dirigió con honra por espacio de cinco años; y como prosista didáctico, vigoroso, grandilocuente á veces, rico de savia y de imaginación pintoresca, dejó admirables fragmentos en sus Memorias sobre la Geografía del Virreinato y sobre *el influjo del clima en los seres organizados*, donde hay páginas no indignas de Buffon, de Cabanis, de Humboldt.

Estos y otros estudios de vulgarización científica, animada y brillante, se imprimían en el *Semanario de la Nueva Granada*, memorable revista que desde 1808 á 1810 dirigió Caldas. Allí están las primicias de la cultura bogotana, que de un salto pareció ponerse al frente de todas las demás, sin excluir á México, donde paralelamente había comenzado á desarrollarse un movimiento análogo. Bogotá, que tuvo el primer observatorio de América, como México la primera Escuela mineralógica y el primer Jar-

(1) De estos próceres, Caldas, Camacho y Lozano fueron colegiales del Rosario. Fueron fusilados por Morillo Caldas, Ulloa, Lozano y Camacho—N. de la R.

dín botánico, precedió también á la mayor parte de las capitales del Nuevo Mundo, si no á todas, en abrir una Biblioteca pública desde 1777. Bajo el paternal gobierno del Arzobispo—Virrey D. Antonio Caballero y Góngora y de D. Joaquín de Ezpeleta (1), se ampliaron las dotaciones de los establecimientos de enseñanza, se crearon otros nuevos de Medicina y Ciencias, se reformaron los planes de estudios en el sentido de la investigación experimental y de la libertad científica, y una masa enorme de libros, introducida, ya directamente, ya por medio del contrabando, vulgarizó en la colonia todas las ideas, buenas y malas, del siglo XVIII. Si nuestros gobernantes no llegaron á prever con tiempo que el espíritu ardiente de los criollos no había de contentarse mucho tiempo con la ciencia pura, sino que había de lanzarse rápidamente á las extremas consecuencias políticas que en aquella cultura venían envueltas, aun esta misma generosa previsión es para sus nombres un título de gloria.

II

BOLÍVAR Y OLMEDO

El resplandor vivísimo del *Canto á Junín* ha perjudicado sin razón á otras felices inspiraciones de OLMEDO, dejándolas en la penumbra. No obstante, así era forzoso que sucediese, porque el *Canto*, además de su valor intrínseco y de presentar en un solo alarde todas las fuerzas del poeta, participa de la celebridad histórica del grande acontecimiento que conmemora, y vivirá cuanto viva en los fastos de América el nombre de SIMÓN BOLÍVAR, del cual fue la más espléndida corona. Infinitos versos produjo el patriotismo americano de aquella era, pero apenas merecen vivir otros que los de este canto, y son los únicos también que la madre España puede perdonar, porque se escribieron en su tradicional y magnífica lengua poética, aunque no se escribiesen con su espíritu.

((1) El Virrey Ezpeleta se llamaba José y no Joaquín—N. de la R.

Harto hemos dicho ya de este famoso poema al apuntar los caracteres del genio lírico de Olmedo. Ahora procede añadir algo acerca de los primores y defectos de su plan y composición, respecto de lo cual, ¿quién lo diría?, el juez más severo y no el menos atinado fue el Libertador Bolívar, en cuyo obsequio se escribió el canto.

Poseemos afortunadamente la correspondencia que medió entre Olmedo y su Aquiles, mientras el *Canto de Junín* iba componiéndose. Si conociésemos de igual modo la génesis de cada una de las obras maestras, mucho adelantaría la crítica histórica-literaria. Publicados estos preciosos documentos por el Sr. Caro, y reproducidos en su mayor parte por el Sr. Cañete, nos es dado asistir día por día á la elaboración del himno triunfal, y ver cómo el hierro, al salir de la fragua, iba depurándose de las escorias. Olmedo, fiel en todo á los procedimientos de la escuela de Quintana, empieza por trazar en prosa el plan de su *Canto*; los versos vienen después; y sucesiva y lentamente va trabajando cada una de las partes; borra, rompe, enmienda, y sólo al cabo de cinco meses da por terminada su obra, y remite una copia al Libertador.

El *Canto* tenía más de ochocientos versos, y éste es quizá su defecto capital y la razón de sus desigualdades. No faltará quien se niegue á llamarle *oda*; pero el nombre y la clasificación técnica importan poco; más larga es la *Pítica IV* de Píndaro, habida cuenta de la diferencia de concisión entre las lenguas clásicas y las modernas. El trabajo de Olmedo es propiamente lo que los italianos llaman un *carme*, un poema corto, mixto aquí de lírico y épico, como las *Silvas* de Bello son mezcla de lo lírico y lo didáctico. El tono que domina en el vate del Guayas es la efervescencia del rapto pindárico, pero con él alternan largas y precisas narraciones de los sangrientos choques de Junín y Ayacucho, sin omitir rasgos de esfuerzo individual, nombres de jefes y oficiales. No se tenga, sin embargo, por híbrida y monstruosa tal combinación de elementos líricos y

narrativos, que es, por el contrario, frecuentísima en los más clásicos maestros; la ya citada *Pítica IV* contiene un largo relato de la expedición de los Argonautas; y aun Horacio, en el cuadro mucho más estrecho de sus odas encuentra dónde colocar, rápidamente narrados en tono, que usando de términos románticos, pudiéramos decir de *balada*, el rapto de Europa y su llegada á Creta, potente por sus cien ciudades, el parricidio de las hijas de Dánao, la fuga de Teucro de Salamina, y el razonamiento que dirigió á sus proscritos compañeros exhortándoles á ahogar en vino sus pesares.

Si en esto se mostraba Olmedo tan fiel á los modelos más genuinamente clásicos, tampoco se le puede hacer grave cargo por la supuesta infracción de unidad que en su obra han creído notar muchos críticos. Si tal falta existe, redúcese á la aplicación de un título inexacto: quítese el de *Victoria de Junín*, que no abarca, ni con mucho, todo el tema de la composición; déjese el de *Canto á Bolívar*, y nada habrá que reparar en esto. Porque realmente lo que allí se canta en primer término no es Junín ni Ayacucho, ni otra ninguna victoria aislada (aunque una de ellas sea causa ocasional del entusiasmo lírico), sino el conjunto de todas las empresas de Bolívar, su acción suprema en la epopeya americana: por eso el poema termina con su entrada triunfal en Lima y con el canto de las Vírgenes del Sol que celebran los beneficios de la paz y auguran todo género de prosperidades á la nueva república. Ni Junín ni Ayacucho, cada una de por sí, bastaban al poeta para su intento; Junín no fue más que una brillante carga de caballería, de la cual pronto se rehizo el ejército realista, y que por sí sola no hubiera decidido del éxito de la guerra; Ayacucho fue una capitulación decisiva, pero en Ayacucho no estuvo Bolívar; *había prestado su rayo al joven Sucre*, según la expresión de Olmedo. Pero aunque en Ayacucho triunfase el brazo de Sucre, lo que moralmente triunfó fue el espíritu de Bolívar, y esto ni á Olmedo ni á ningún otro

americano de su tiempo había de ocultársele. Sucre no podía ser el héroe del canto, aunque fuese el triunfador de última hora. Había que enlazar las dos victorias, y esto fue lo que Olmedo realizó, con más ó menos acierto en los medios, pero sin contravenir de modo alguno á la unidad del pensamiento de su obra.

El medio ciertamente podía ser más nuevo é ingenioso, y en esto hay que dar razón á los críticos. Redúcese á una *máquina* de las más gastadas en toda epopeya de escuela, y rodeada, además, de circunstancias extravagantes y arisibles. En medio de la algarazara nocturna con que los vencedores de Junín celebraban su triunfo, *consumiendo los dones de Ceres y de Baco*, aparece entre nubes la sombra del Inca Huayna-Capac, que después de llenar de improperios á los españoles, vaticina la próxima victoria de Ayacucho y dirige á Bolívar consejos políticos más ó menos embozados. Después del larguísimo discurso del Inca, comparecen las Vírgenes del Sol y le rodean entonando un bellísimo coro. Todos quedan atónitos (la cosa no era para menos), hasta que de pronto desaparece toda esa fantasmagoría, tornando el poeta á las orillas de su caro Guayas.

No es sólo lo extraño de la visión, sino la falsedad intrínseca del razonamiento lo que ofende en el episodio del Inca, y Bolívar fue el primero en encontrar impropio que Huayna-Capac alabase indirectamente la religión cristiana que destruyó los templos de sus dioses, y todavía más impropio que en vez de desear el restablecimiento de su dinastía, *diese la preferencia á extranjeros intrusos que, aunque vengadores de su sangre, son descendientes de los que aniquilaron su imperio*. El buen sentido habló por boca de Bolívar, y nadie más autorizado que él para rechazar aquella ilusión de patriotismo americano, que en los versos de Olmedo llegaba hasta el extremo profundamente cómico de poner en el empíreo de los Incas á Fray Bartolomé de las Casas á la diestra de Manco Capac, y prometer el mis-

mo género de inmortalidad á Bolívar en premio de haber restaurado el templo portentoso de *Pacha-Cámac*.

Todos los demás lunares del canto fueron también señalados con admirable sagacidad por Bolívar. La introducción le pareció *rimbombante*, como en efecto lo es; encontró *prosaicos* y *vulgares* muchos versos que calificó de *renglones oratorios*, y, finalmente, aunque parte interesada, no dejó de reconocer, con loable modestia, el principal flaw de toda la composición, es á saber, lo hiperbólico y desmesurado de la alabanza: "Usted dispara donde no se ha disparado un tiro; usted abrasa la tierra con las ascuas del eje y de las ruedas de un carro de Aquiles que no rodó jamás en Junín; usted se hace dueño de todos los personajes: de mí forma un Júpiter, de Sucre un Marte, de Lamar un Agamenón y un Menelao, de Córdoba un Aquiles, de Necochea un Patroclo y un Ajax, de Miller un Diomedes, y de Lara un Ulises.... Usted nos hace á su modo poético y fantástico, y para continuar en el país de la poesía la ficción de la fábula, usted nos eleva con su deidad mentirosa, como el águila de Júpiter levantó á los cielos á la tortuga para dejarla caer sobre una roca que le rompiese sus miembros rastreros. Usted, pues, nos ha sublimado tanto, que nos ha precipitado en el abismo de la nada, cubriendo con una inmensidad de luces el pálido resplandor de nuestras opacas virtudes. Así, amigo mío, usted nos ha pulverizado con los rayos de su Júpiter, con la espada de su Marte, con el cetro de su Agamenón, con la lanza de su Aquiles y con la sabiduría de su Ulises. Si yo no fuese tan bueno y usted no fuese tan poeta, me avanzaría á creer que *usted había querido hacer una parodia de la ILÍADA con los héroes de nuestra pobre farsa*. Usted sabe bien que *de lo heroico á lo ridículo no hay más que un paso, y que Manolo y el Cid son hermanos, aunque hijos de distintos padres*. Un americano leerá el poema de usted como un canto de Homero, y un español le leerá como un canto de EL FACISTOL de Boileau."

Conservar tan buen sentido después de haberse hecho árbitro de un continente, vale casi tanto como haber triunfado en Boyacá, en Carabobo y en Junín.

MARCELINO MENENDEZ Y PELAYO

(De la *Antología de poetas hispano-americanos*)

EL ABRAZO

(PARA EL CENTENARIO DE BOLÍVAR)

El sol declinando va,
Está la tarde serena,
Hierve como una colmena
Santafé de Bogotá ;

Echa á un lado su apatía,
Y las campanas á vuelo ;
Y levántase hasta el cielo
Insólita gritaría.

Por la vía que serpea
De la cordillera al pie,
Lejos, muy lejos se ve
Nube de polvo que ondea.

Alzanla tres militares
Que á largo galope van,
Y á sus corceles están
Desgarrando los ijares.

El de más suposición
Es de mediana estatura,
Tiene gallarda figura,
Y se llama don Simón.

Monta fogoso alazán
De tanto correr rendido,
Y sobre el roto vestido
Lleva un gastado dormán.



Universidad del
Rosario

Archivo
Histórico